

Miedo a la vida

Francisco José García Lozano

El incidente es la última película que ha llegado a nosotros del siempre imprevisible y original director indio M. Night Shyamalan (Mahé, India, 1970). En ella, el autor relata cómo una serie de cambios en la naturaleza propician un cambio en la forma de abordar las relaciones mutuas de una pareja. La historia que se cuenta en la pantalla refleja el nuevo paradigma cultural en el que las ciudades han dejado de tener el papel protector que tuvieron en otro tiempo. Refleja también que el miedo compartido puede ser una ocasión de encuentro personal.

«El miedo está al comienzo del intelecto, el miedo de alguna manera hizo al hombre». Con estas palabras hace algunos años se interesaba el filósofo alemán Sloterdijk en su obra *Temblores de aire* sobre la originalidad de esta época en la que el medio ambiente, desde la necesidad elemental del respirar, se había vuelto el nuevo medio de agresión hacia el semejante. Según Sloterdijk, el terror contemporáneo (el atmoterrorismo) tiene su momento inaugural en el uso masivo de gas clórico por parte del ejército alemán contra la infantería franco-canadiense en 1915 en la batalla de Yprés, lo cual supuso la ampliación del escenario bélico y el desplazamiento del campo de batalla al entorno ambiental. El campo de batalla se ha ampliado hasta la atmósfera y nuestro medio vital, el oxígeno.

Estos aspectos marcan el comienzo de la última película del siempre imprevisible y original director indio M. Night Shyamalan (Mahé, India, 1970). Un día cualquiera el terror se apodera de EEUU. La gente no muere, se suicida. Elliot Moore (Mark Wahlberg) un profesor de Ciencias y

*nuestro consagrado director
se suma a una corriente
que en los últimos años
ha dado mucho de sí:
el cine apocalíptico
de desastres naturales
y todos aquellos asuntos
relativos a éste*

su esposa Alma (Zoey Deschanel) escapan con un grupo de personas lejos de la ciudad, al campo, en medio de la nada de Pensilvania. Allí parece que tampoco estarán seguros.

El problema o virtud de las películas del director indio —depende de cómo nos acerquemos a ellas— es, a fin de cuentas, la plurivocidad de sentidos que recogen sus imágenes. En este caso qué pretende contarnos, ¿una metáfora sobre el comportamiento humano respecto de la naturaleza? ¿Un particular comentario social o político sobre Norteamérica? ¿Su particular apología sobre el mundo rural y el «buen salvaje» frente a la vi-

da en las grandes urbes? Ante la duda podemos afirmar que nuestro consagrado director se suma a una corriente que en los últimos años ha dado mucho de sí: el cine apocalíptico de desastres naturales y todos aquellos asuntos relativos a éste: cambio climático, calentamiento global del planeta, contaminación irreversible, experimentos genéticos... La nómina de películas en las que la naturaleza se rebela contra el ser humano es lo suficientemente larga para señalar tan sólo algunos de los títulos más relevantes: *Los pájaros* (1963) de Alfred Hitchcock, *El alimento de los dioses* (1976) de Bert I. Gordon, *La última ola* (1977) de Peter Weir, *El día de mañana* (2004) de Roland Emmerich...

En el cine de Shyamalan encontramos algunos aspectos que hacen reconocible una autoría muy personal: personajes normalmente enfrentados a situaciones extremas, lo misterioso o paranormal no tanto expresado como sugerido o mostrado y resoluciones un tanto atípicas a sus relatos. En esta película, que viene a ser la séptima tras dieciséis años tras la cámara, el director nos vuelve a mostrar porque es un clásico moderno: su limpia fusión entre lo autoral y lo comercial, lo cotidiano y lo trascendente. Su ópera prima fue *Prying with Anger* en 1992, una película más cercana a Bollywood. Tendrían que pasar siete años y una comedia entre medio, *Los primeros amigos* (1998), para que nuestro director se convirtiera en un autor de

culto mundialmente reconocido con *El sexto sentido* (1999), cinta que obtuvo seis nominaciones al Oscar, incluidas Mejor Película y Mejor director. *El Protegido* (2000) es su particular acercamiento al mundo de los superhéroes. *Señales* (2003) guarda muchos puntos de conexión con el film que comentamos, una hermosa epopeya alienígena que Shyamalan inventó para poner a prueba la fe de un pastor que había dejado de creer en Dios mientras el mundo parece que se acaba. Con *El Bosque* (2004) se adentra en la fábula social y el mundo de las leyendas. Por último, Shyamalan deja la Disney y ficha por la Warner para *La joven del agua* (2006), que protagoniza Paul Giamatti y que le reporta las peores críticas de su carrera. Tras la fría acogida de sus últimas cintas tras el apabullante éxito de *El sexto sentido*, M. Night Shyamalan parece que se ha vuelto aún más imprevisible e incomprendible, tan atrevido como indescifrable, a fin de cuentas, un director que rueda lo que quiere donde sólo el tiempo hará justicia a sus planteamientos cinematográficos.

¿Qué decir de *El incidente*? El gran defecto de la película es que su tesis de arranque (la naturaleza se defiende del ser humano desde una perspectiva darwiniana) se agota en los primeros treinta minutos, a partir del cual la película deriva hacia la aparente nada, en un continuo ir y venir disperso. Sin embargo, las películas de Shyamalan siempre aportan algún

apunte antropológico que eleva cualquiera de sus películas a tesis.

La película de Shyamalan nos sugiere, en primer lugar, una interesante reflexión en torno al mundo rural y su contraposición que podríamos identificar con las grandes metrópolis. Tras los atentados del 11-S en Nueva York, Madrid y Londres, nuestras ciudades, como afirma el sociólogo Bauman, se han convertido en me-

*la película se aleja de la
catástrofe, manteniéndola de
forma latente y amenazadora
en el trasfondo y pone en
primer plano otra clase de
crisis: las relaciones de una
pareja cuya falta de
entendimiento es equiparable
al del resto de la población
ante lo sucedido*

trópolis del miedo, lo cual no deja de ser paradójico, dado que los núcleos urbanos se construyeron rodeados de murallas y fosos para protegerse de los peligros que le venían del exterior. Lo que Sloterdijk llamó «la ciudad amurallada» hoy ya no es un refugio, sino la fuente esencial de peligros, de ahí la huida que propone la película hacia el espacio abierto como refugio.

El miedo es más temible cuando es difuso, disperso, poco claro; cuando flota libre, sin vínculos, sin anclas, sin hogar ni causa nítidos y Shyamalan filma el Apocalipsis de forma contundente (primeros planos de suicidios) pero lo hace de forma minimalista, sin grandes explosiones ni dramas, centrándose más en las reacciones de horror de una población que no entiende lo que está pasando. En nuestro caso es el aire o el viento donde la amenaza ronda que resulta imposible situarla en un lugar concreto. El ataque de la naturaleza hacia el hombre revela el verdadero rostro del miedo, como el nombre que damos a nuestras incertidumbres: a nuestra ignorancia con respecto a la amenaza y a lo que se puede hacer para detenerla o combatirla. De ahí que el prólogo de la película sea de lo mejor visto en mucho tiempo.

Una segunda aproximación nos la ofrece el mismo film una vez que las cartas están sobre la mesa. La película se aleja de la catástrofe, manteniéndola de forma latente y amenazadora en el trasfondo y pone en primer plano otra clase de crisis: las relaciones de una pareja cuya falta de entendimiento es equiparable al del resto de la población ante lo sucedido. Sin embargo, éste que suele ser el punto más fuerte de la filmografía de Shyamalan, se convierte aquí en otro de los escollos del film. Aunque sabe dar las pinceladas justas sobre el egoísmo y

la paranoia como reacción ante la adversidad, nunca sabe encontrar la credibilidad necesaria entre los protagonistas, Wahlberg y Deschanel. La moraleja del film la sugiere un agricultor en su invernadero: las plantas cambian su comportamiento según los estímulos que perciban a su alrededor. Todas las víctimas del «incidente» son individuos cargados de agresividad, miedo y nerviosismo. Lo cual aplicado al incidente parece bastante explícito pero es la propuesta final de su autor: el escape del suicidio de la humanidad se encuentra en recuperar el amor y la confianza como la pareja protagonista. Un final que apuesta por redondear la premisa.

Shyamalan imprime su inconfundible sello en cada plano: una atmósfera de suspense con un terror siempre sugerido, casi elíptico, cadencia en los planos, haciendo en este caso que un suicidio llegue a ser incluso de lo más poético, giros rápidos de guión, elocuentes planos detalle, una banda sonora llena de matices y que enmarca perfectamente tanto los momentos de tensión como los más líricos de la mano de James Newton Howard...

El incidente no es ciertamente una de las mejores obras de Shyamalan pero nos ofrece un sugerente ejercicio sobre el trasfondo de la naturaleza humana y la Naturaleza a secas. Cine de género con personalidad para reflexionar o, simplemente, disfrutar. ■